

# Hacia una biografía de Sarmiento

ADOLFO PRIETO

a Elena Iarma.

La identificación de historia y biografía, hallazgo sarmientino, encandiló y encandila con sus grandes posibilidades de método a los investigadores de nuestro pasado. Alrededor de Facundo, Rosas, Belgrano, San Martín, se ha pretendido aglomerar la sustancia histórica, como si ellos, por sí mismos, fueran un hueco incomprendible, partiéndose para su entendimiento de afuera hacia adentro, de la historia del país a la historia de sus vidas, o convirtiendo en símbolo ecuménico de la realidad exterior, a zonas parciales de una existencia individual.

De este sistema es fácil deducir una consecuencia: que el juicio que la historia del país merezca en el ánimo del historiador repercutirá inexorablemente como un juicio irrevocable sobre todos los actos del biografiado. Facundo no podía salir de la pluma de Sarmiento sino como se lo perfilaba la propia visión de la realidad nacional. Punto de partida de una limitación evidente, porque si bien es cierto que un hombre puede ser símbolo de una época o una comunidad, es más cierto aún que no hay época ni comunidad que calcen exactamente con el universo del individuo más simple. ¿Y qué hacer con los contenidos que se excluyen en el ajuste?

Sarmiento inició con *Facundo* un tipo de biografía que dió grandes resultados para el conocimiento del país, pero puso una horma sobre la existencia de su héroe, y conformándola a la realidad social que en cierto modo representaba, nos escamoteó para siempre sus verdaderas dimensiones. Sarmiento ha devenido víctima del mismo sistema, y en el meridiano del siglo 20, con ser muchas las obras dedicadas al estudio de su vida, no hay una sola que sea una real biografía, en el sentido que modernamente se le concede al término.

Cierto, que la tarea es difícil para un argentino. En nuestro

país se pertenece a uno de los dos sectores en que se divide la historia nacional desde su raíz, casi con la misma fatalidad con que se nace introvertido o extravertido, aristotélico o platónico y miramos al pasado desde la perspectiva del sector en que estamos insertos. Rosas y Sarmiento son las figuras símbolos de esa dicotomía y sobre ellos recaen comunmente la bomba de alquitrán o el elogio encendido: jamás la pura simpatía humana, el gesto cordial, el afán apaciguado de entender.

La realidad existencial de Sarmiento es hoy un fantasma que se confunde con la tajante opinión que nos merezca la realidad del país. No hay carne, ni huesos, ni nervios; hay sólo una acción, una actitud responsable de lo que somos y de lo que no somos, y enjuiciamos esa acción y esa actitud (engranadas en un complejísimo universo personal), desde la posición comprometida que nos dicta lo que creemos ser y lo que queremos ser.

Autores hay que presumen de imparciales y objetivos porque aducen acopio de hechos y anécdotas contradictorios. El perfil de Sarmiento no se afina con ello; se confunde aún más, porque los hechos contradictorios no encuentran su conjugación y común denominador en *el hombre Sarmiento*, sino en *el hombre autor de una vida de Sarmiento*. Así para unos la trillada cuestión de Magallanes es argumento de oprobio insoluble, engarzada en el rasero de una actitud antisarmientista, y ella sola pesa más que toda la acción empeñada por el sanjuanino en favor de la patria. Para los que están del otro lado, es una simple flaqueza, una débil quiebra en el impulso del luchador colosal.

Unos se enrojecen ante el increíble vanidoso y ególatra; otros se conmueven ante el espectáculo de su desinterés. Nadie explica satisfactoriamente la paradoja de un Sarmiento empeñado en educar al soberano que desprecia olímpicamente al soberano; la de un gobernante autoritario que se pasó media vida combatiendo el autoritarismo. Y lo que es singular, todos nos adelantamos a enfocar los 77 años de su vida, desde el vagido inicial a la agonía, en función exclusiva de su actividad pública, sin detenernos, como no sea con el afán de la anécdota sabrosa, en otros aspectos de la parábola vital, de donde sólo acertamos a conocer —y ya sabemos con qué probabilidad— una sola faceta de ella, bien que sea la más importante y la que más nos interesa.

Nadie es filósofo las 24 horas del día; nadie apunta la totalidad de la existencia a un único objetivo, y los hechos secundarios, ocultados y hasta olvidados condicionan y explican los he-

chos importantes. Ya dijo Goethe que la vida importa por la vida misma y no por sus resultados; nosotros juzgamos a placer los resultados y entramos a saco en la vida misma para elegir o desechar los materiales que convengan a los resultados entrevistos, paradójicamente, a priori.

Martínez Estrada, que con su acostumbrada perspicacia destacó la identificación de historia y biografía, incurre ejemplarmente en su *Sarmiento*, en la misma limitación. (Bien que no se haya propuesto cabalmente una biografía. De los que se la propusieron, no vale la pena hablar).

Y ahí están los 50 tomos de las obras completas, con abundante material autobiográfico, el testimonio de los contemporáneos, las huellas casi del viejo gruñón que caminó estas mismas calles no hace mucho más de medio siglo, esperando la voluntad, la inteligencia, el ánimo cordial del investigador que quiera reconstituir al *hombre* Sarmiento. Empezar tal obra no sería un homenaje: sería sencillamente una obligación.